Nº 1746 / AME 258
6/2/1865, p. 2

del consejero Saraiva, escribiamos en el *País* el 6 de agosto de este año:"

«En cuanto a la República Oriental ella »lucha hace 40 años contra su destino, y ha »mostrado lo que hacen y pueden los pueblos, »con cuyos sufrimientos se juega el dia tre»mendo en que no sienten sino su vergüenza »y no oyen sino su desesperacion.

»El pueblo oriental sin embargo de la mo»deracion y circunspeccion que son el resul»tado de su cultura, es el mismo pueblo que »sabe morir entre los pliegues de la bandera »tricolor de Artigas, y de los 33, y bajo el pa»bellon azul y blanco con que nació a la so»beranía, soberanía que morirá con el último »de los orientales.

»Si el gobierno del Brasil y el gobierno del »jeneral Mitre son de los que piensan que las »*Numancias* no son de estos tiempos, *Italia*, »*Polonia*, *Méjico* y *Dinamarca* pueden servir »de ejemplo a los pueblos oprimidos o ame»nazados de opresion.»

Paysandú, con un heroismo espartano, acaba de confirmar nuestros pronósticos, mostrando al mismo tiempo que nuestras palabras las habíamos arrancado del corazon de nuestro pueblo.

VI.

Colocada la República Oriental en inminente peligro por los acontecimientos que desde tres años acá han venido sucediéndose sin interrupcion en nuestra desventurada América, por las asechanzas del Brasil, por la traicion de Venancio Flores, uno de sus hijos, y traicionados tambien por Buenos Aires, nuestra suerte está echada, *alea jac ta est*.

La cadena del esclavo negro está sonando a nuestros oidos. Si la República Arjentina del año 1825 no existe ya para la República; si los Dorregos y los Alveares no tienen todavia quienes los reemplacen; si las harpas de los dos Varelas no han de entonar nuevos himnos al Sarandí e Ituzaingó futuros; si sus hijos en desaliñada prosa ensalzan la cobarde conquista brasilera, y si la harpa de Neron está en las manos de Bartolo Mitre para cantar lleno de goso el incendio, la devastacion y la esclavitud de la República que alegró su juventud, y a la que debe en mucha parte lo que es, no importa, el Dios de las naciones no abandona la República.

El previsor y digno jeneral Lopez y el noble pueblo paraguayo han escuchado la voz de la República víctima, y Paysandú, respondiendo a Sarandí, es la columna de fuego que guiará las huestes paraguayas y orientales a tremolar sus estandartes triunfantes en Ibicuy, Huirapuitá, el Ombú y Camacuá.

El Brasil ha querido que el año de 1864 sea la continuacion del año 1825. Si el Brasil no quiere apartarse de la política de la colonia portuguesa, sigamos nosotros las tradiciones de Artigas y de los 33.

Confiemos en Dios que nunca abandonó la causa de la justicia y del derecho; confiemos en nuestro corazon y en nuestro brazo, y la República se alzará triunfante de la dura prueba a que nuevamente la somete el cobarde y aleve imperio del Brasil.

Montevideo, diciembre 16 de 1864.

Enrique de Arrascaeta.

EL MERCURIO.

VALPARAISO, FEBRERO 6 DE 1865.

No hai que desalentarse, dice el *Ferrocarril*, por el fracaso del Congreso Americano en 1864. En política como en guerra, el valor en los reveces es siempre una fuerza y casi siempre una victoria al fin. Si la cuestion peruano-española ha sido su tumba, es preciso que no sea la tumba tambien de nuestra fé en la grande idea, es preciso que nos enseñe a saber constituir para en adelante los congresos continentales, a hacer congresos completos, no congresos a medias, congresos que tengan cabeza y brazo, y no congresos mancos, como el de 1864.

Lejos de nosotros el pensamiento de desvanecer la fé de nuestro colega en la realizacion próxima o remota de lo que él llama la grande idea. Cada uno es dueño de creer y esperar lo que quiera, y contra la esperanza que tiene la fé en su apoyo, no hai terrible amenaza, ni elocuencia bastante, ni argumento posible. La fé y la esperanza son las que hacen los mártires, pero rara vez las que destruyen una dificultad, esclarecen una cuestion o dan realidad y cuerpo a las ideas.

Por nuestra parte pensamos como el *Ferrocarril*, que en política como en guerra, el valor en los reveces es siempre una fuerza, y casi siempre la victoria al fin; pero de ningun modo pensamos que ni en política ni en guerra la persistencia, la perseverancia en el error sean una fuerza, ni una virtud, ni mucho menos que puedan conducir a resultados satisfactorios.

Por el contrario, el error político ha perdido a tantos gobiernos, como el error militar ha perdido a ejércitos y capitanes. La persistencia y la perseverancia en el error han conducido siempre a los unos a una caida inevitable y a los otros a un desastre.

Y esto que es lo razonable y lo lójico, tiene su mejor aplicacion cuando se trata del Congreso Americano y de su fracaso en Lima.

¿Cuál fué, ante todo, la mision de ese Congreso? Salvar la nacionalidad peruana, ya sea de la invasion de su territorio, ya de la postracion de su honra delante del enemigo armado que la injuriaba.

No consiguió ni lo uno ni lo otro, ménos porque hubiese carecido de fuerza moral una intimacion dirijida por el Congreso a las fuerzas españolas, que por haber cedido éste a las sujestiones de la intriga, y haber adoptado el Perú, miembro del Congreso, una política contraria, y emancipándose de su influencia, haberse puesto al habla con sus enemigos para elaborar en secreto su propia deshonra.

Ya veis, pues, que el primer inconveniente en que ha escollado el Congreso que debia crear la Union Americana ha consistido en uno de los mismos miembros que debian formarla. La Union Americana, antes de nacer habia muerto.

Despues de este fracaso, lo natural era no pensar mas en el asunto, y buscar otros medios mas a propósito y mas eficaces para poner a salvo nuestra independencia si la creiamos amenazada, nuestros intereses políticos si los creiamos comprometidos; pero la persistencia en el error, y no el valor en los reveces, ha dicho: Pues si hemos errado una vez, ensayemos de nuevo el mismo camino; si ha fracasado un Congreso, hagamos otro en las mismas circunstancias y bajo las mismas condiciones.

Y para hacer valer ese argumento, se pregunta:

«¿Podia hacer el Congreso lo que se le exije? ¿Podia con su sola fuerza moral arrojar a la España de las islas peruanas? Si lo podia, en buena hora, hai derecho para quejarse. Si no lo podia, toda queja es infundada, es injusta, y todo desaliento es desacordado.»

Pero nosotros raciocinamos de otra manera:

Si lo podia y no lo ha hecho, no hai motivo de esperar que en otra ocasion pudiese cumplir mejor con su mision, y de consiguiente no debemos pensar en el mismo ensayo que tan mal resultado nos ha dado la primera vez que lo hemos puesto en práctica, sino buscar otros medios mas adecuados para conseguir nuestro objeto.

Si no lo podia, ¿a qué habia sido enviado? ¿qué estaba haciendo allí ese Congreso en contemplacion de su *majestuosa impotencia?*

Se persiste, sin embargo, alegando que el fracaso del Congreso ha consistido en que no se pusieron a la disposicion de este los recursos materiales el Perú.

¡Error! ¿No fué el mismo Congreso el que declaró que no consideraba al Perú en estado de batirse con la escuadrilla española, e intimándole si lo hacia por su cuenta, que no contase con el ausilio de ninguna de las naciones representadas en él?

¿No fué el mismo gobierno del Perú, ya desde entonces en relaciones secretas y vergonzosas con el enemigo, el que tejió aquella intriga en que enredó al Congreso Americano, condenándolo a desistir de su mision o a representar un ridículo papel ante la América y ante la España, ante el Perú mismo, que despues de haberse servido de él como de un instrumento, lo rompia, y se desligaba de sus compromisos desde el momento que no podia serle útil para sus planes?

¿Cómo, entonces, hacerse la ilusion de que el Congreso habria obrado de otra manera, si hubiese tenido una fuerza material a su disposicion que apoyase sus razones y su buen derecho?

Aun cuando hubiese tenido esa fuerza y la voluntad de hacer uso de ella, ¿quién responde de que el Perú, hablamos de su gobierno, no hubiese intrigado para hacer ineficaz su accion, interesado como está en hacer la paz, aunque se haga ésta bajo las condiciones mas humillantes para su honor?

¿Qué ganariamos, pues, con nuevos congresos, despues del fracaso del primero que hemos ensayado, y del desprestijio que ese fracaso ha traido sobre la idea?

Si su mal resultado se atribuye a la falta de fuerza material que hubiese apoyado su derecho, ¿cuál es la fuerza material que podriamos ahora poner a la disposicion de ese nuevo Congreso? ¿Dónde está nuestra escuadra? ¿Dónde están nuestros armamentos? ¿Dónde están siquiera nuestros preparativos?

CRONICA LOCAL.

FEBRERO 4.

Un pájaro que en otras ocasiones ha dado que hacer a nuestra policía por habérsele volado aun a los centinelas de vista, se habia robado anoche un niño como de seis años de edad, hijo de una familia respetable. Por fortuna fué aprehendido por el mismo Mayor de policía, quien lo puso pronto algo mejor acegurado que con centinelas de vista.

Los presos con hambre.—En contestacion al artículo que recibimos y publicamos en dias pasados, se nos ha remitido hoi el siguiente:

«Sr. Cronista del *Mercurio:*

En contestacion al artículo publicado bajo el rubro *Los presos con hambre*, sírvase Vd. dar lugar en la seccion de su cargo a las siguientes líneas:

Siendo enteramente falso lo que dice el anónimo articulista, solo le aconsejaré que tenga paciencia, que cuando salga en libertad podrá hospedarse en el «Hotel Colon» y regalarse con esquisitos manjares. Por ahora no [illegible] comiera otra cosa, [illegible] que lo designado en mi contrato de provision: buen poroto (nuevo y no viejo como él dice) buen pan de harina de segunda, y entre dia buena carne con pollos, papas, y espesado el caldo con frangollo o chuchoca, etc.—Todos estos alimentos están en la bodega a la vista y exámen de todo el mundo. Siento mucho las contrariedades que sufre el delicado estómago del articulista.

De Vd., Sr. Cronista, atento y S. S.

El Proveedor.»

A la sociedad lírica.—Accediendo a las insinuaciones de muchos aficionados, y creyendo a la vez hacernos intérpretes de los deseos del público, vamos a suplicar a la sociedad lírica italiana que, si le es posible, como no lo dudamos, haga algun arreglo con los acreditados artistas Sr. Rossi Ghelli y señora Biscacciante para que trabajen siquiera en algunas funciones estraordinarias, si no en todo el resto de la temporada. No creemos que estos artistas se nieguen a ello, ni tampoco que la sociedad lírica desatienda su propia conveniencia negándose a satisfacer los deseos del público.

Teatro completamente lleno tendria la compañía en las noches que trabajasen los artistas mencionados. Esto se concibe, desde que se considera la buena aceptacion que han tenido siempre los trabajos del Sr. Rossi Ghelli y los de la Sra Biscacciante.

Bien sensible seria que se ausentasen estos artistas sin que el público tuviese oportunidad de oirlos cantar una sola noche siquiera.

Consulte la sociedad lírica sus propios intereses, y verá que le conviene mucho aceptar nu stras indicaciones.

Resurreccion.—Una familia de esta capital que desde hace diez años deploraba la presumida desastrosa muerte de un hijo querido, ha tenido últimamente el sin igual placer de estrechar entre sus paternales brazos a ese hijo que creía no era de este mundo.

La manera como ha tenido lugar el caso es la siguiente:

Jóven de catorce años el de nuestra referencia, salió un dia como uno de tantos a bañarse en las aguas del Mapocho, época en que este rio se hallaba en una gran crece. La hora de su vuelta pasó sin que apareciera. Sus padres alarmados le buscaron en vano por mucho tiempo, y como no hubiera ni rastros de su paradero, se dieron en creerlo que habria sido ahogado en el baño y arrastrado por las aguas del rio. Diez años trascurridos, y una tarde de la última pasada semana un jóven desconocido llegado de Valparaiso se presenta de visita en casa de los mencionados padres trayendo una carta para ellos de un amigo de aquel puerto, en la que les recomendaban dieran hospedaje al portador, por ser persona *a quien debian consideraciones y de cuyo agradecimiento no tendrian que arrepentirse*.

Aquellos sujetos, leido que hubieron la carta y fijando su atencion las palabras de ella que subrayamos mas arriba, les picó naturalmente la curiosidad de saber a quién tenian el honor de recibir y con el cargo que se les recomendaba.

—¡Tendria Vd., caballero, le dijo el padre, la bondad de perdonar mi indiscrecion y decirme a quién tengo el honor de recibir en mi casa!

El jóven, que mientras la lectura de la carta, no habia perdido instante de contemplar con ternura a sus padres ahí presentes, en cuyos semblantes creia ver las huellas que el dolor de su presumida muerte dejara, sentia palpitar con violencia su corazon, para el cual el tiempo del feliz desenlace de aquella escena de amor y de reparacion tardaba demasiado, se sintió mas vivamente conmovido y embarazado para dar la respuesta que la interpelacion de su padre le hacia; pero ha-